



Cuento asiático

La historia del león de piedra

Había una vez dos hermanos cuyo padre había muerto; ambos vivían con su madre en una casa grande, en un valle muy bien cultivado.

El mayor de los dos hermanos era un hombre listo e inteligente, pero de naturaleza egoísta y cruel; y el menor era sencillo y bueno, pero bastante torpe.

Tras la muerte de su padre, el hermano mayor tuvo que llevar él solo la mayor parte de los asuntos de la familia, y sostener enteramente a su madre y a su hermano. Éste, aunque siempre estaba dispuesto a colaborar como mejor sabía, no era lo bastante inteligente para que su ayuda fuera eficaz.

Un día comunicó a su hermano que no estaba dispuesto a mantenerlo, y que era mejor que se fuera a buscar fortuna a otra parte. El pobre muchacho, afligido pero incapaz de discutir o protestar, preparó un modesto hatillo con sus escasas pertenencias, y fue a despedirse de su madre y a contarle lo ocurrido.

La buena mujer se enfadó mucho al oírlo y le habló a su hijo con las siguientes palabras:

-Muy bien, si tu cruel hermano insiste en echarte de casa, no te preocupes, yo te acompañaré. No puedo quedarme más tiempo con un hijo como éste.

Así pues, al día siguiente, la madre y su hijo abandonaron la casa y partieron juntos en busca de algún medio de ganarse la vida.

Después de haber andado cierto tiempo, llegaron a una cabaña vacía situada al pie de una montaña, no muy lejos de una populosa ciudad. Puesto que el lugar estaba aparentemente abandonado y su propietario, fuera quien fuese, no había dejado nada que permitiera sospechar que pensaba volver, aquella noche durmieron en ella.

A la mañana siguiente, temprano, el chico cogió un hacha, se fue al bosque y se puso a cortar leña. Al atardecer había reunido un buen haz, que llevó a la ciudad y vendió por una buena suma de dinero.

Muy alegre por el éxito de su labor, volvió a la cabaña junto a su madre y, mostrándole el dinero que había ganado, le dijo que ya no debía sentir preocupación alguna por el futuro, pues él sería capaz de mantenerla sin ninguna dificultad.

A la mañana siguiente, cargándose el hacha al hombro, partió de nuevo y se puso a cortar leña. Había hecho ya un buen trabajo aquella mañana, y cuando remontaba un poco más la montaña para encontrar árboles mejores, de pronto, en un lugar resguardado de la ladera, se encontró cara a cara con un león de piedra de tamaño natural, tallado en la misma roca.

-Vaya –pensó para sí-, ésa es, sin duda, la deidad protectora de esta montaña, y a ella le debo mi buena suerte al obtener tan fácilmente un medio de ganarme la vida. Mañana sin falta le haré alguna ofrenda.

Aquella tarde, después de vender su leña, compró un par de lamparillas en la ciudad, y al día siguiente se fue derecho al lugar en que se encontraba el león de piedra.

Encendió la lamparilla, colocó una a cada lado de la imagen y se postró humildemente ante ella, rezando para que la buena suerte siguiera sonriéndole. De pronto, con gran sorpresa y temor por parte del muchacho, el león abrió la boca y le preguntó qué estaba haciendo allí.

El muchacho le explicó que su orgulloso hermano lo había expulsado de casa, que ahora se ganaba la vida cortando leña en aquella montaña, y que, convencido de que el león debía ser su deidad protectora, había estimado justo hacerle aquella ofrenda y pedirle que continuara prestándole su ayuda y protección.

-Muy bien –le respondió con voz áspera el león-, regresa mañana a esta misma hora y trae un cubo grande, que yo te proporcionaré toda la riqueza que precisas.

El muchacho le dio las gracias al león por su generosidad, y llevando su carga de leña a la ciudad, la vendió, y con el producto de la venta compró un cubo de madera.

A la mañana siguiente subió de nuevo a la montaña con el cubo y al llegar cerca del león de piedra se postró en el suelo y anunció su presencia.

-Muy bien –respondió el león-, ahora debes proceder de este modo: sostén el cubo debajo de mi boca, que yo vomitaré oro en su interior. Pero tan pronto como veas que el cubo está casi lleno debes decírmelo, pues bajo ningún concepto debe caer al suelo una sola pieza de oro.

El joven procedió como le decía el león. Sostuvo el cubo debajo de su boca y éste vomitó un torrente de monedas de oro en su interior. Cuando el cubo estuvo casi lleno, el joven informó al león y el flujo de oro se interrumpió de inmediato.

Después de dar las gracias al león por su generosidad, llevó el cubo de oro a su madre. Al principio, la mujer se asustó mucho al ver tanto dinero, pero al explicarle su hijo el modo en que lo había conseguido, se emocionó y alegró.

Al día siguiente, la viuda y su hijo se dispusieron a instalarse con más comodidades. Compraron una casa en las inmediaciones y dos rebaños, uno de vacas y otro de ovejas. Una vez que se establecieron en aquella morada comenzaron a vivir holgada y prósperamente.

La noticia de las nuevas condiciones de vida de su madre y su hermano llegó pronto a oídos del hijo mayor, que decidió hacerles una visita y averiguar la causa de su prosperidad. Acompañado de su mujer y llevando consigo un retal de tela muy pequeño como presente, se puso en camino.

Cuando llegaron a la casa, su hermano menor estaba atendiendo los asuntos de la granja, pero la madre recibió a su hijo mayor y a su esposa muy benévolamente y los acomodó lo mejor que pudo.

Cuando regresó el hermano menor, le dio a su hermano mayor una cordial bienvenida y le relató con detalle cómo había conseguido su fortuna, recomendándole que procediera de manera semejante.

El hermano mayor y su esposa, de regreso a su casa, discutieron el asunto y decidieron no desperdiciar una oportunidad tan buena de conseguir dinero. Así, a la mañana siguiente el marido se dirigió a la ciudad y compró el cubo más grande que encontró. Llevando consigo el cubo y un par de lamparillas, se dirigió a la ladera y encontró al león de piedra. Encendió inmediatamente las lamparillas y colocó una a cada lado de la estatua mientras se postraba en el suelo pidiéndole buena suerte.

-¿Quién eres tú? –le preguntó el enorme león con áspera voz.

El hermano del joven le explicó:

-Soy el hermano del joven que estuvo aquí el otro día y al que le diste tanto dinero; he venido a verte para pedirte un favor semejante.

-Muy bien –dijo el león- coloca tu cubo debajo de mi boca; yo vomitaré oro en su interior. Tan pronto como veas que el cubo está casi lleno, debes informarme al instante. Bajo ningún concepto debe caer una sola moneda de oro.

El codicioso hermano sacudía el cubo de vez en cuando para que el oro se repartiera bien y no dejara espacios, tratando de obtener así una mayor cantidad, pero, dominado por la codicia, no pudo resignarse a informar al león de que el cubo estaba casi lleno, hasta que éste empezó a rebosar y una moneda de oro, resbalando del montón, cayó al suelo.

Entonces el flujo de monedas se interrumpió, y el león, con una voz terrible, le dijo:

-La moneda de oro más grande se me ha atravesado en la garganta. Introduce la mano en mi boca y sácala.

El hermano mayor, dominado por la codicia, metió su mano en la boca del león, esperando así apoderarse de un grueso pedazo de oro; pero no había acabado de hacerlo cuando el león, cerrando sus mandíbulas, lo atrapó firmemente. En vano forcejeó y tiró del brazo violentamente intentando soltarse. Las fauces de piedra lo asían con tanta fuerza que resultaba imposible escaparse.

El león, sordo a todos los ruegos, se había vuelto a convertirse en piedra. Y, lo que es peor aún, cuando echó un vistazo al cubo de oro vio que sólo contenía piedras y tierra.

Hacia el atardecer, la esposa del hermano mayor se intranquilizó mucho por la ausencia de su marido y, como sabía en qué dirección había ido, se dirigió a la montaña a buscarlo. Finalmente, dio con él y le preguntó qué estaba haciendo y por qué no había vuelto a casa.

-¡Ay, mujer! –se lamentó-, me ha sucedido una cosa horrible. He metido la mano en la boca del león, para sacar un pedazo de oro que se le había atravesado, y éste ha cerrado sus mandíbulas y me ha cogido el brazo. Ahora no puedo escapar.

Cada día, y durante muchas semanas, siguió llevándole provisiones para que conservara la vida, pero como no tenía a nadie que trabajara para ella y la ayudara, se veía obligada a mantener a su marido y a su hijo sólo con sus esfuerzos y se fue empobreciendo cada vez más. Pronto se encontró en la necesidad de vender sus enseres domésticos para procurarse el alimento necesario.

Pasaron algunos meses y la pobre mujer cayó enferma, quedando reducida al final a una indigencia tan absoluta que no tenía siquiera un mendrugo de pan que llevarle a su marido.

Una mañana subió a la montaña y se dirigió a él con estas palabras:

-He vendido todo lo que teníamos en casa, y no me queda dinero para comprar comida... No queda nada, absolutamente nada para comer. No nos espera otra cosa que morirnos de hambre.

El león encontró esto tan divertido que no se pudo aguantar la risa.

-¡Ja, ja, ja! –dijo, abriendo sus enormes fauces.

Antes de que el león pudiera volver a cerrar la boca, el hombre sacó su brazo y, viéndose libre de nuevo, se marchó rápidamente con su mujer. Luego, tomando a su hijo, se fueron directamente a casa del hermano menor y, tras relatarle lo ocurrido, le suplicaron que los sacara de la miseria.

El joven le reprochó su avaricia, pero como por naturaleza era dado a perdonar, le dio a su hermano el dinero necesario para comprar una pequeña granja en los alrededores, donde se instaló junto con su mujer e hijo.

El hermano menor vivió muchos años felizmente con su madre, prosperando en todo lo que emprendió.